

EL VELO DE ISIS IV

LAS MIL Y UNA NOCHE OCULTISTA

En éste capítulo, continuamos teniendo contacto con las distintas versiones del Pescador, que como ya dijimos en el anterior, somos cada uno de nosotros, cuando nos acercamos al simbolo del AGUA, sentimientos y emociones, que hemos de comprender para solucionarlas.

Aparece en este capítulo IV, la importancia del mensaje y símbolo de los anillos, que como podeis comprobar más abajo, difieren según el material y también el dedo en que se llevan.

El mito de Jonás, tiene una profunda relación con el símbolo de los tres días de oscuridad, pasados por Jesús en el sepulcro en que fué depositado. Entrar en la oscuridad nunca debe producirnos temor, sino mas bién es el punto de salida de ella, porque en toda oscuridad hay un punto de luz que nos marca el camino, si queremos recorrerlo. Jonas se dió cuenta que las tormentas y los problemas en el mar, eran consecuencia de la huida del compromiso que había aceptado. Al echarse al mar, éste se calmo y fué depositado después de tres días, precisamente en el lugar de donde había huido, para retomar su tarea, dejada inconclusa.

Lo que nos indica que una y otra vez las pruebas aparecerán, hasta que tengamos el valor de enfrentarnos a ellas y buscar soluciones, esas que todos tenemos en nuestro interior.

Simbología de los Anillos

Mas que un objeto de adorno, el anillo tiene una profunda simbología con la palabra compromiso, representando a la Divinidad, por su forma circular sin principio ni fin, en el caso de que sea de oro.

Si su metal es la plata, representa la Conciencia Crística. , así como el aspecto femenino en su expresión mística.

Si es de cobre, persona que lucha por el equilibrio

En el caso de que fuese de hierro, luchador contra la adversidad.

Si el anillo no está totalmente cerrado, representa al hombre y recibe el nombre de "ajustador".

Según el dedo en que coloquemos nuestros anillos damos el siguiente mensaje:

En el dedo del corazón: persona de acciones santas

En el índice: persona que domina o gobierna la materia

En el anular, comprometido con la naturaleza y la sociedad

En el meñique: apegado a la materia, placeres, honores, sexo, etc.

Cualquier sortija que puede llegar a vuestras manos por herencia, regalo, etc. ha de ser cuidadosamente limpiada a través de incienso ya que es un canal muy utilizado en magia no precisamente blanca, para enviar negatividad, al igual que con cualquier otra joya.

C.E.A

EL VELO DE ISIS

Capítulo IV

Prosigue el libro de "El Pescador", y sus múltiples versiones en los textos de "Las mil y una noches"

Versiones quinta a la novena del mito del Pescador.–"La princesa Dalal y su insecto monstruoso". –"El sello maravilloso de la reina Jazmina".–"Abdalah de la Tierra y Abdalah del Mar".–"El saco encantado de Juder".– Juanillo "el Pescador".–Interpretaciones ocultistas acerca de todos estos cuentos.

Continuando nuestras anteriores investigaciones, tócales ahora su turno a las

VERSIONES QUINTA Y SEXTA EN EL TEXTO SIRIO

Versión quinta: En la "Historia de Baibars y de los doce capitanes de policía", el relato del capitán sexto se refiere a la Princesa Dalal, quien, encontrándose un día en la cabeza cierto insecto, le depositó en una zafra de aceite, de donde, al cabo de diez años, le sacó hecho un verdadero monstruo, cuya piel cuelga su padre a la



Zafra

puerta haciendo anunciar que al que acierte a saber a qué animal pertenece le concederá la mano de su hija, y al que no, le cortará la cabeza. Así perdieron la vida treinta y nueve pretendientes, pues unos decían que era piel de búfalo, otros que de elefante, etc. Por último, se presenta un extraño joven, quien reconoce en la piel la del parásito en cuestión, pero la reconoce porque el supuesto joven no era un ser humano, sino un infame ghul de la montaña vecina, un sembrador de espantos, un productor de muertes, tinieblas, llantos y ruinas, que se lleva a la joven hacia el Mar Esmeralda, mar así llamado porque su agua era completamente verde, tanto, que la joven, al introducir la mano para coger una simple escudilla de agua con la que hacer tomar al ghul su verdadera forma, pudo ver que al punto se le volvía verde también. Un pescador encargado de vigilar el mar para ver si menguaban o no las verdes aguas, nota la falta de la escudilla sacada, descubriendo así a la joven y llevándola a su padre el sultán, que con él la casa.

Las historias narradas por los capitanes séptimo y noveno son tan insulsas, que no merecen ni mención, pero la del octavo es un verdadero precedente de la conocida fábula de la gallina de los huevos de oro. Se trata de un pobre músico a quien un genio le da para que viva una gallina que todos los días le ponía un macizo huevo de oro. Un judío sospechando la cosa, quiere comprar la gallina; el marido se opone, pero la mujer la mata y guisa. El hijo de ellos se come la corcusilla, y el judío, para sacársela del vientre, le quiere abrir en canal, pero el niño huye, y al volver luego a su casa, se extravía, yendo a parar a un palacio donde yacían colgadas a la puerta treinta y nueve cabezas cortadas de otros tantos jóvenes que habían pretendido medir sus fuerzas con la hija del señor del palacio. Fortalecido el muchacho con el vigor debido a la corcusilla que tenía dentro, lucha con la joven. Entonces le narcotizan y le extraen la dichosa corcusilla con suprema pericia que envidiarían los modernos operadores médicos, dejándole débil y a merced de su rival. Anda que te andarás, ve él a tres hombres luchando por la posesión de una alfombra mágica con la que se puede volar por los aires. El chico, percatándose de ello, se puso de un salto sobre ella, y ahuyentando a pedradas a los hombres aquellos, vuela a la cumbre de la Montaña de Kaf, donde la hija del genio de la Naturaleza le roba la alfombra. Allí se ve una palmera con dátiles rojos y amarillos. Come de estos últimos, y le sale un cuerno en la frente que le deja incrustado en el tronco de la palmera, pero come un dátil rojo, y el cuerno le desaparece. Después se llena los bolsillos de las dos clases de dátiles, comiendo solo de los rojos y ofreciendo de los amarillos a su adversaria, Ésta come hasta 16 de ellos y se ve sujeta a la palmera por otros tantos cuernos, con gran espanto del padre, quien hace proponer que casará a su hija con aquel que acierte a liberarla, como lo hace nuestro héroe dándole a comer durante diez y seis días un dátil rojo cada mañana. Una vez así libre, se casan, en efecto, y fueron dichosos (1).

(1) En cuanto a la historia del décimo capitán, es simplemente la de cierta hermosísima tejedora hija

de un jeque, de la que se prenda Mohamad, el hijo del rey. "No me casaré contigo si no sabes un oficio", le dice; y deja, en efecto asombrado al rey, su suegro, enseñándole al príncipe, en sólo una hora de tiempo, a tejer una tela maravillosa, en cuya trama se veía reproducido el jardín y el palacio con la más prodigiosa fidelidad.

En la historia del capitán undécimo se narran las maravillas de cierto caballo nacido el mismo día que el hijo del rey, y que le sirve a este hijo en los trances más apurados de su vida, al modo de como se ve en el célebre mito de Blanca flor, por lo que nos creemos dispensados de repetirla.

Versión sexta (*): "Hazme un sello tan y tan maravilloso -dijo cierto día el sultán de Bagdad a su visir-, que si estoy alegre, me enfade, y si enfadado, me alegre. Para ello tienes el término de un año, al cabo de cuyo tiempo, si no me lo traes, te haré cortar la cabeza". El visir, aterrado, va a buscar jeque para que le saque de tamaño apuro. Este último se vale al efecto de su hija Jazmina, que era maga de profesión, y ella, por toda contestación, le da al visir una bandeja con treinta huevos y ocho panecillos, haciéndole emprender un viaje. El visir, hambriento, se come en el primer día uno de los huevos y uno de los panecillos, exclamando: "¡Al mes le hace falta un día, y la semana sólo consta ya de siete días", porque, en efecto, los treinta huevos en la bandeja representaban los días del mes y los de la semana los ocho panecillos, lo cual, en la simbología propia del caso, quiere decir que la joven inició al visir en los misterios mágicos de la cábala de los tiempos, tiempos regidos por el Sol, pero que el visir reduce a cálculos lunares de veintinueve días por mes y a siete por semana. En una palabra que, gracias a tamaña enseñanza, logra el visir dos cosas: una la de enterarse de la verdadera rueda de los tiempos, gráficamente representada en la bandeja y en su contenido, y otra la de poder construir así el sello mágico que el sultán pedía, porque es indudable que aquel que llega a conocer a fondo los ciclos de los años, meses, semanas y días, goza de una prudente alegría en medio de las mayores desgracias y experimenta cierto deje de tristeza en las más grandes venturas, sabiendo la inconstancia de los tiempos, en los que andan siempre alternados los dolores y las dichas ...

(*) Como en todos los cuentos de esta índole, el problema que plantea el sultán al visir es de los "de vida o muerte", como lo son los de las verdaderas iniciaciones. Por eso aparece la tal amenaza de muerte en tantos cuentos anteriores, empezando por el que sirve de base a todo el libro de *Las mil y una noches*.

Entusiasmado el sultán, premia al visir y se casa con la maravillosa joven que de tan extraño modo le ha salvado la vida (**), "haciéndola pesar en oro", según la frase del texto; pero a poco de casados, la joven dió en adelgazar del modo más alarmante. Cierta día que, entristecida, contemplaba el río Eufrates corriendo abajo la misma ventana de su aposento en palacio, ve Jazmina a un pobre pescador que ha echado varios lances infructuosos.

(**) Siempre que en esta clase de cuentos simbólicos el iniciado se casa con la hija del iniciador, el caminante ha de entender que se halla adulterado el texto, porque, "en el antiguo Egipto -y lo mismo en la antigua Persia- la mujer debía ser "la señora del señor", y su verdaderamente dominadora (matriarcalismo), y el marido se comprometía "a obedecer a su esposa", para la producción de resultados alquímicos tales como el "elixir de vida" y la "piedra filosofal" -o sea, en el presente cuento, para la confección del misterioso sello exigido-, puesto que los alquimistas necesitaban al efecto de la ayuda espiritual de la mujer. Pero, ¡ay del alquimista que tomase este auxilio en su muerto sentido de unión sexual!, Semejante sacrilegio -que es siempre el que aparece en cuantas versiones semejantes nos han legado todos los libros de esta clase desde el de *Las mil y una noches* hasta el mismo *Mito de Psiquis*, de Apuleyo -le arrastraría a la magia negra, y fuera irremediable su fracaso. Los verdaderos alquimistas de la antigüedad se ayudaban con mujeres viejas, evitando toda relación con las jóvenes, y si, por acaso, alguno de ellos fuese casado, trataba a su propia esposa como a hermana algunos meses antes de proceder a la operación alquímica y mientras se llevaba a cabo.

"¡Echa las redes ahora en honor mío!", le dice ella, y, en efecto, en las redes sale envuelta una gran redoma de cobre rojo, por la que la joven quiere darle un dinar, que el pescador con toda dignidad rechaza, pidiéndola sólo un beso, que ella le da. Viendo aquello el rey, manda matar y echar al río al pescador,



Redoma

repudiando al par a la reina Jasmina o "Jazmina", quien, falta así de todo auxilio humano, camina dos días a la ventura sin despojarse de su querido frasco. Un compasivo mercader la acoge en su albergue; pero su mujer, llena de celos, la deja sin comida ni bebida. Felizmente ella abre el frasco mágico, donde encuentra, no sólo todo género de deliciosas provisiones, sino diez jóvenes esclavas que la sirven los menores pensamientos y cada una de ellas con diez bolsas de oro por día, con lo cual no hay que decir que el desván quedó bien pronto lleno de oro hasta el techo. La joven pudo así volver secretamente a la corte y alzar en breves días un palacio frente al del sultán, palacio que, al lado de aquel, no era sino un tugurio. El Sultán, sorprendido ante tamaño

prodigio mágico, quiere visitarlo y conocer a su dueña, y cual no sería su sorpresa, reconciliándose así los dos esposos, que fueron felicísimos el resto de sus días...

TEXTO DE MARDRUS



Efrith

Versión séptima: En el texto que ahora vamos a examinar, vuelve a aparecer el cuento del Pescador en una nueva forma, bajo el título de "Historia de Abdalah de la Tierra y Abdalah del Mar", o sea los dos hombres buenos de uno y otro elemento.

Es muy digno de leerse el lindo cuento, que, en esencia, nos describe cómo y de qué manera, al oxidarse por la acción de las aguas del mar uno de tantos vasos de cobre en los que antaño encerrase el rey Salomón a los efrites, el efrith que en vaso yacía aprisionado tantísimos siglos, escapa, y es pescado por Abdalah de la Tierra, sorprendiéndose éste en alto grado al ver la cola de pez del efrith. "Soy un ser humano como tú, sólo que he nacido en el mar y en él tengo mi elemento, le dice, y después cambia amistosamente con el terrícola joyas del seno del mar por frutas producidas por la tierra (1). En el cuento aparece también un tercer personaje, igualmente santo que Abdalah de la Tierra y Abdalah del Mar, y es un panadero,

compasivo hacia la miseria de aquel en los tiempos anteriores, y a quien, llegados estos últimos tiempos de bonanza, le enriquece con toda clase de joyas de las aportadas por Abdalah del Mar. Como el panadero da la casualidad que lleva igual nombre que los otros dos, bien merece ser llamado "Abdalah del Cielo", aunque ello, en las versiones actuales, no aparezca, completando la idea filosófica de que la bondad, como su contraria la de la maldad, existe por igual en cielos, mares y tierras.

(1) ¡Cuan hermosa es esta enseñanza simbólica, de equiparar las joyas a las frutas, que son joyas más preciosas para el hombre.

Sucedió, pues, en el caso del cuento, lo que siempre acontece en casos tales, o sea que la riqueza impensada de Abdalah de la Tierra llamó la atención a todos sus convecinos, quienes acabaron por denunciarle ante el rey como ladrón, y lo habría

pasado muy mal, a no tropezar con un rey justo y conecedor de los grandes misterios que el vulgo necio ignora, rey que no sólo le colma de honores, sino que le casa con su propia hija, haciendo además al panadero, su visir.

Una vez rey, Abdalah de la Tierra es invitado por su tocayo Abdalah del Mar a visitar aquellos extensos dominios acuáticos, para lo cual le unge con cierto unto que le permite penetrar en ellos sin ahogarse. Por cierto que todas las ciudades marinas que visita ve un mundo semejante al de aquí arriba, donde se vive en el más perfecto comunismo y donde rigen los mismos prejuicios que entre los terrícolas, como lo prueba el asombro que las gentes aquellas experimentan al ver un ser humano tristemente desprovisto de cola!, cosa que produce, naturalmente, una hilaridad sin limites ...

Esta séptima versión recibe un desarrollo verdaderamente admirable en uno de los cuentos más clásicos de *Las mil y una noches*, que es el de "El príncipe persa Beder y la princesa marítima Giauhara", que habremos de ver en su día.

VERSIÓN OCTAVA, EN EL TEXTO SIRIO

Finalmente, la completísima obra de Mardrus-Blasco Ibáñez, da una versión más del célebre cuento, en el tomo XI, bajo el título de "Historia de Juder el Pescador, o el saco encantado", historia cuya segunda parte ya fue dada a conocer en el capítulo II, tocándole ahora el turno a la primera parte, donde se nos cuenta que Omar, el pobre mercader de El Cairo, tenía tres hijos: Salem, Salim y Juder. Temiendo el odio que mostraban a éste último sus otros dos hermanos, antes de morir, hizo cuatro partes de su hacienda, dando tres a los tres hijos y la cuarta a su mujer. Salem y Salim, que eran muy perversos, pronto se gastaron su herencia y pusieron pleito a Juder su hermano, hasta despojarle injustamente de todo su haber. No contentos con su hazaña, maltrataron y despojaron también a la madre, quedando así todos igualados en la miseria.

Juder, para alimentarse y alimentar a la anciana, se hizo pescador, y ésta última, como madre al fin, todavía continuó alimentando a los dos malvados aquellos, con gran gusto por parte del compasivo Juder.

Cierto día en que Juder no había podido pescar nada, tropezó con un panadero compasivo que le prestó pan para que comiese él y los suyos, e igual le aconteció en los siete días siguientes. Al octavo día se dijo para sí:

-¡Hoy iré a pescar al lago Karún, donde acaso esté mi Destino!

En efecto; ya en la orilla del misterioso lago, se le acercó en su mula un maghrebín con su regio traje, quien le dijo:

-Si quieres alcanzar ventajas inmensas, obedéceme y, atándome atrás los brazos, échame de cabeza al lago. Si ves luego aparecer una mano mía fuera del agua, sácame; pero si ves aparecer mi pié, déjame por muerto, y, sin inquietarte lo más mínimo, coge mi mula y vete al judío Sha-maya, quien te dará cien dinares por ellas, si sabes guardar el secreto.

Juder obedeció; el maghrebín fue echado por él de cabeza al lago, sin que volviese a aparecer. Cogió, pues, la mula y la vendió al judío, regresando a su casa feliz por poder llevar aquella riqueza a los suyos, sin reservarse lo más mínimo.

Torna Juder al otro día al lago y se le reproduce, punto por punto, la escena anterior con un segundo maghrebín, hermano del primero. Al regresar Juder a casa

con sus otros cien dinares, la madre, alarmada ante tanta riqueza, le obligó a revelarla todo, por lo que ella le prohibió que volviese al lago Karún; pero él volvió al otro día, aconteciéndole idéntica aventura con un tercer maghrebín, y con enorme sorpresa vió esta vez que en lugar de asomar los pies del ahogado, como los de sus dos hermanos anteriores, asomaron entrambas manos, y Juder, con sus redes, le sacó a la orilla. En las manos del hombre vió dos peces rojos como el coral, que se apresuró a meter en los dos botes de cristal que aquél trajera antes, y con muestras de grandísima alegría empezó a besar y abrazar a su salvador, con inmensa sorpresa de Juder, que no sabía cómo explicarse todo aquello. El maghrebín le sacó pronto de dudas diciéndole:

-¡Oh, salvador Juder! Sabed que los dos hermanos míos que se ahogaron se llamaban Abd Al-Salam y Abd Al-Ahad y yo me llamo Abd Al-samad (1). El judío, no es tal judío tampoco, sino otro hermano nuestro. Sabed, además, que nuestro padre Abd Al-Wadud era un inmenso mago que enseñó a sus cuatro hijos la Gran Ciencia y el arte de descubrir los tesoros ocultos, con lo cual logramos someter a nuestras órdenes malos genni, a los mareds y a los efrites. Al morir nuestro padre, dejándonos tesoros infinitos reñimos por la posesión de sus preciados manuscritos, especialmente por el inapreciable de los *Anales de los Antiguos*, que resuelve todos los enigmas de la tierra, el mar y cielo y donde nuestro padre hubo de agotar su ciencia prodigiosa. Evitando el que llegásemos a las manos, se nos presentó de repente el jeque Cohén "el Cainita", el cual, incautándose del libro, nos dijo:

(1) ¡Otra vez, y siempre aparece el "Shamano" o cultivador de la Religión Primitiva del Espíritu.

-Hijos míos, yo no puedo favorecer con nada a uno de vosotros en daño de los otros tres. Así que, el que haya de ganar su posesión ha de traerme antes el tesoro de Al-Schamardal, consistente, en una esfera celeste, con la que se puede, sin cambiar de sitio, visitar todos los puntos del Universo, para lo que basta tocar con el dedo el punto al que se desea volar; una redomita llena de khol, con cuyo líquido basta frotarse los párpados para ver el sitio donde yacen los tesoros ocultos; un alfanje o espada mágica de la que brotan llamas que abrasan al punto al enemigo; y, por último, un anillo con el que todo lo creado se somete docíl a la voluntad de su afortunado poseedor. Ya lo sabéis, pues, quien triunfe será el amo del libro, y el que fracase nada podrá reclamar. ¿Aceptáis el trato? Pues sabed entonces que el tesoro de Schamardal se halla hoy detentado por los dos hijos del rey Rojo. Vuestro padre quiso poseer aquellos tesoros, pero, en el momento de ir apoderarse de aquellos, se le escaparon en forma de peces al fondo del lago Karún, no lejos de El Cairo, sin que aquel santo, por estar también encantado el lago, pudiese coger a los dos peces. Yo, al oír sus quejas, hice mis cálculos astrológicos, de los que deduje que el tesoro codiciado sólo podía obtenerse por cierto pescador llamado Juder ben Omar, quien había de echarnos de cabeza al lago Karún, para luchar con los dos hijos del rey Rojo, y allí vencer o morir.

-Ya lo sabes todo, Juder -terminó Abd Al-Samad-. Los dos hermanos nuestros perecieron; el cuarto, que no quiso intentar la aventura, es el supuesto mercader judío. En cuanto a mí, ya me ves triunfante, gracias a cierto conjuro mental que me permitió desembarazarme de mis ligaduras en el momento supremo y apoderarme de los dos hombres-peces que acabo de encerrar y sellar con el gran sello. Así, reducido a la impotencia a aquellos dos malvados, que son dos efrites poderosos. ¡Me pertenece, pues, al fin, el maravilloso tesoro de Schamardal! Si quieres, puedo llevarte conmigo. Es más, eres indispensable, al tenor de la profecía del sapientísimo Cohén, y debes acompañarme para ello al Maghreb en el sitio llamado

de Fas y de Miknás y seremos como hermanos en Alah.

Juder aceptó la oferta con júbilo. Despidiose de su madre y hermanos y en unión de Al-Samad partió para el Maghreb. Así que partieron, el buen joven sintió hambre y vió, sorprendido, que Al-Samad le decía:

-No te quedes corto. Pide lo que quieras, por raro y regalado que sea.

-¿Cómo tal -replicó Juder- si no te he visto proveerte de manjar alguno?

-Porque no es necesario. Pide lo que deseas, repito, que el saco encantado proveerá.

Y, en efecto, el joven empezó a enumerar hasta veinticuatro platos, los más de su gusto, viendo, con asombro, que uno a uno, en fuentes de oro, los iba sacando Al-Samad.

-No te extrañe -añadió- A este encantado saco le sirve un efrite poderoso. Si lo deseamos, en el acto nos serviría mil manjares chinos, hindues, egipcios, sirios etc. De igual modo nos puede proporcionar todo genero de bebidas, ya que el Arte Mágico es omnipotente. Otra cosa: ¿Sabes el camino que llevamos recorrido de El Cairo a aquí?.

-No. Pero presumo que muy poco, pues no hace dos horas que caminamos -respondió Juder.

-Pues te equivocas -contestó Al-Samad, dando a sus palabras la entonación más solemne-: esta mula en la que cabalgamos es una gennia poderosa que en dos horas nos ha hecho recorrer el camino de dos meses, pues en un día suele hacer un año de camino.

Así continuó el viaje. Al anochecer llegaron los dos viajeros a una linda casita, en la que salió a abrirles una joven más hermosa que la Luna y grácil cual gacela, quien miraba al guía con la veneración que a un maestro. Por dentro la casita era más rica y suntuosa que el mejor de los palacios de los reyes. El anciano Al-Samad cogió el saco, dió dos palmaditas a la mula en el anca y ésta desapareció bajo tierra. No hay que añadir que, gracias al saco encantado, la cena y el lecho fueron suntuosísimos.

Juder y Al-Samad gozaron de aquellas delicias durante veinte días. Al amanecer el día veintiuno, éste le dijo a aquel que era llegado el momento de conseguir el tesoro de Shamardal. Fueron, pues, a extramuros de la ciudad, en los que, al punto, se les presentaron dos mulas y dos esclavos negros. Caminaron hasta el mediodía. A la orilla de un río echaron pie a tierra, los negros aportaron y armaron una gran tienda, que el saco encantado se encargó de alhajar suntuosísimamente. El maghrebín puso ante sí los dos botes con los peces, y despues de recitar ciertos conjuros mágicos, hasta que los dos peces se haratron de gritar pidiendo compasión. Saltando en pedazos los dos botes, aparecieron los peces transformados en humildes personajes a los pies de Al-Samad. Éste les exigió el inmediato cumplimiento de la entrega del tesoro y, después que lo hubieron jurado, ambos desaparecieron en las aguas del río. El maghrebín encendió fuego con sólo soplar una vez sobre los fríos carbones. Sobre el fuego quemó incienso, y antes de proceder a la consiguiente operación mágica que no se podía interrumpir, instruyó de este modo al joven:

-Bajo la acción de las mágicas formulas, el río comenzará a disminuir hasta quedar

seco completamente el cauce. Entonces verás en el talud una gran puerta de oro. Llamarás suavemente a ella y al tercer aldabonazo, diciendo que eres Juder ben Omar, el pescador de El Cairo, te abrirá la puerta un fiero personaje, que, para probarte, te dirá que consientas en dejarte cortar la cabeza. Si sientes miedo te la cortará en efecto, pero si te prestas dócil, él será, por el contrario, quien caerá muerto a tus pies. Luego de esto, llamarás con un solo aldabonazo a la segunda puerta, donde un jinete amenazará ir a traspasarte con su lanza. Presentale el pecho sin temor, y él caerá muerto a tus pies. Ya entonces en la tercera puerta te acontecerá igual con un arquero. Más adelante, en la cuarta puerta, un león saltará sobre ti en actitud de devorarte; en la quinta te asaltará también un formidable negrazo; en la sexta, dos enormes dragones de fuego tratarán de detenerte con el terror. Si vences, unos tras otros, a estos enemigos mostrándote impávido y pronto al sacrificio, tras la séptima y última puerta verás que en persona te aguarda, al parecer, tu propia madre y te dará la bienvenida. No lo creas, sin embargo, y, por el contrario, hazla desnudar, pese a sus protestas, y entonces la verás esfumarse cual vana sombra contrahecha. Tras la puerta séptima hallarás montañas de oro y pedrería, a los que no prestarás la menor atención, dirigiéndote derechamente a un camarín tras cuya cortina verás aposentado en soberbio trono de oro al gran mago Schamardal, dueño del tesoro. Sobre su cabeza brillará la esfera celeste, en su cintura el alfanje maravilloso, en su dedo el anillo y en su cuello la redomita de khol. Apodérate al punto, sin vacilar, de esos cuatro objetos preciosos y date prisa a salir con ellos. Te prevengo por último, que si olvidas alguna de mis indicaciones te expones de un modo increíble. Los personajes que te saldrán al paso no son sino vanos fantasmas a quienes daría vida tu propio temor.

Dicho esto, Al-Samad comenzó sus operaciones mágicas, y se verificó lo que había predicho. Puerta tras puerta, fue Juder venciendo todos los obstáculos, hasta llegar a la séptima, en la que apareció el fantasma de su madre, despojándose bajo la orden de Juder de todas sus prendas de ropa, salvo las más íntimas. Y aquí fue el engaño del joven, puesto que, al transigir en aquello que parecía una cosa hija del natural respeto, fracasó, desobedeciendo a su Maestro. Después de ser apaleado por la contrahecha arpía, tuvo que salir por pies y esperar un año entero en la ciudad de Fas y al lado de Al-Samad la ocasión de tentar de nuevo las pruebas aquellas. Sin embargo, al año justo dióles cima a todas y, tal y como el sabio Al-Samad había predicho, rescató las cuatro grandes joyas mágicas del tesoro de Schamardal. Al-Samad, agradecido, le ofreció al joven que tomase de estas últimas las que quisiese, pero él, como hombre al fin, se hubo de limitar a pedir el saco mágico de donde había visto extraer durante más de un año las más inverosímiles y estupendas maravillas.

En cuanto a este saco prodigioso y las cosas que con él logra el buen Juder, nos remitimos a lo que sobre él llevamos dicho en el Capítulo II de este libro. Por supuesto que, como todas las cosas de la Magia, el saco en cuestión se esfuma y desvanece ante la mísera realidad de aquí abajo entre los mortales, como se esfuman y borran todas las riquezas del Hada-imaginación bajo el hábito deletéreo de nuestras animales impurezas, cosa hartamente relatada también en diversos pasajes de *Las mil y una noche*, tales como aquel del texto de Mardrus en que otro saco semejante es robado por un kurdo a un comerciante, y cuando, en la disputa, comparecen ante el kadí (juez) diciendo que contiene toda clase de tesoros y hasta ciudades opulentas, abierto a la presencia judicial resulta encerrar tan sólo unas cáscaras de naranja y unos huesos de aceituna.

VERSIÓN NOVENA EN LOS "PLIEGOS DE CORDEL" ESPAÑOLES

La notabilísima y poco estudiada literatura popular española llamada de las "historias de ciegos" o "pliegos de cordel" (que no son sino versiones demopédicas de *Las mil y una noche*, ora de la Edad media y bajo la influencia de la cultura árabe, ora acaso muchísimo más antigua y con cargo a la discutida época antehistórica en que los parsis vivieran en nuestra Península, contiene la deliciosa versión siguiente, que no es para dejar inadvertida:

"*Juan el Pescador* vivía sólo con los rendimientos de su oficio, los productos del agua. Cierta día experimentó singular asombro al pescar un enorme pez, y su asombro subió de punto al advertir que el tal pez le comenzó a hablar de las cosas más extrañas del mundo. Acobardado ante semejante prodigio que no podía entrañar cosa buena, se apresuró a devolver el pez al río; pero su hijo Juanillo, experimentando la atracción de lo desconocido tan natural en la edad juvenil, arrojóse sin titubear en pos del misterioso habitante de la aguas, quien en un abrir y cerrar de ojos se lo engulló entero.

Aturdido Juanillo, no se pudo dar cuenta entonces de su situación, ni menos calcular luego el tiempo que en el vientre del animal estuvo. Cuando pudo volver en sí de su desmayo hallóse completamente solo en un encantado y cristalino palacio. Las maravillas que al palacio adornaban eran tantas y tales, que no son pueden ser descritas. Pero ellas no fueron bastantes, con todas sus delicias encantadoras, para calmar la honda tristeza del mancebo al verse así aislado de todo trato de gentes y de todo cuanto él conociera del mundo.

Un amable gigante le asistía y trataba a cuerpo de príncipe. Servíale los mejores manjares, los vinos más aromáticos y generosos, y, en una palabra, cuanto apetecer pudiesen sus más refinados gustos y sentidos. También andaban por allí tres hermosas palomas, que al parecer eran nada menos que tres ilustres damas, quienes yacían allí encantadas quien sabe cuantos milenios. El gigante las infundía pavor inmenso y le huían a más no poder.

La vida de Juanillo se deslizó monótona, aunque no infecunda, en aquel elocuente aislamiento por tiempo que él no acertara a medir, ya que dicho encantado mundo estaba harto más lejos de lo que humanamente puede concebirse.

El gigante pese a su severa traza, era bueno, compasivo, y la tristeza de Jaunillo, principalmente al acordarse de su pobre padre que quedara desamparado en el mundo, hubo de hacer mella al fin en su corazón. Cierta día, pues, concedió a Juanillo permiso para tornar al mundo de los mortales y consolar a su anciano progenitor. Sin embargo, dentro del severo régimen de aquella prisión dorada, el permiso era corto. Los autores cuentan que no excedió de un par de días.

Para facilitarle el viaje de ida y vuelta, el gigante le deparó un ágil y dócil caballo blanco, de lo más inteligente que darse puede entre solípedos. Juanillo, alegre, tranquilo y hasta agradecido, emprendió como Dios le dió a entender el camino de casa, guiado más que nada por el instinto singular del noble bruto. Tan íntima solidaridad hubo de establecerse durante el viaje entre caballo y jinete, que parecían formar una sola pieza. Así, cuando tuvieron que pasar un caudaloso río, a cuya otra orilla parece ser comenzaba el mundo de los mortales, Juanillo, sin desmontar siquiera, penetró en una barcaza que la casualidad oportunamente le deparase. El barquero, les saludó con todo respeto luego que les hubo

desembarcado.

No le trataron igual al pobre Juanillo no bien pisó en firme en la otra orilla. Alguien que le vigilaba, le prendió inmediatamente por sospechoso.

Juanillo gritó, pidió auxilio contra tamaña injusticia; pero cual no sería su sorpresa al ver a su padre, su querido padre, a quien buscaba anhelante, le oyó y le restituyó la libertad perdida. La natural emoción de padre e hijo al verse de nuevo unidos excedió a cuanto puede ponderarse. La alegría de entambos trascendió muy pronto a todos, y el pueblecillo ribereño fue al instante una viva fiesta de danzas, juegos y festines.

Tales y tan sugestivas resultaron, en efecto, aquellas fiestas, que el desventurado mancebo, pese a sus anteriores propósitos, fue infiel a sus compromisos, y la última hora del plazo del permiso sonó sin que el incauto lo advirtiera.

Cuando cayó en la cuenta, el plazo era ya pasado. Acobardado, se apresuró a dar a su padre el abrazo de despedida, y retornó al lugar donde antes dejase su caballo. Su primera contrariedad fue hallarle convertido en manso y tardo buey, que, en lugar de llevarle rapido al palacio, aún le hizo retrasarse otro buen par de días. La fatalidad más cruel parecía castigar al olvidadizo mancebo. La barcaza, antes tan adornada de flores y aderezos, hallóla toda cubierta de luto. Al llegar al palacio sufrió también una horrible caída.

El castigo no se hizo esperar por falta, al parecer, tan nimia. Enfurecido el gigante, le desterró de aquel misterioso paraíso, convirtiéndole en un oso rapaz y sanguinario.

Así vagó por selvas, montes y precipicios, días y días, hasta que de repente -la historia no dice cómo, pero es probable que a costa de sufrimiento- se vió restituído a su estado prístino, con el gozo que es de presumir.

Al par que recobraba su antiguo estado, tres horribles fieras le salieron al encuentro: un tigre, una pantera y un león, que acababan de devorar un tímido corderillo.

Quiso Juanillo huir, mas en vano. El león se le tragó en una pieza.

Juanillo era, por lo que se ve, un hombre de recursos extremos, y ya dentro de la fiera, consiguió, no sin trabajo, darla un colosal mordisco en el corazón, con lo que la alimaña pronto quedó sin vida. Juanillo no tuvo necesidad luego de esperar otra cosa que a que el cuerpo de la fiera se pudriese.

La alegría con que, ya libre, se dirigiera a su hogar, la puede el lector colegir.

Pero el lugar estaba lejos, y tras las penurias de una jornada inacabable, el hambre y la fatiga le rindieron, por último. Las aves del cielo hicieron presa de sus despojos. Sin embargo -y aquí está el toque de tan paradójico fin de Juanillo-, es fama que uno de aquellos fúnebres pajarracos le arrebató por los aires, sin que desde entonces se haya vuelto a saber su paradero.

La historia sólo cuenta que el pobre Juan, el viejo, murió de pena al ver de tal modo arrebatado a su hijo hacia una región desconocida, natural consecuencia de los temerarios atrevimientos del mancebo ...

Juan el pescador, como todos los seres del planeta, vivía solo *del agua* y sus productos, porque es fácil demostrar, dentro del más estricto criterio positivista, que el agua, prototipo de la vida terrestre, es la clave fundamental de todos los vitales proteísmos (tendencia a asumir muchas formas diferentes).

El anciano pescador y su hijo son el símbolo sempiterno de las edades humanas; el contraste fiel de lo viejo y rutinario con lo nuevo e innovador. Así, que al pescar del fondo del río al extraño animaluco parlante, el viejo arroja a su elemento, lleno de terror ante sus prodigios; pero el joven, sugestionado por el horizonte de misterios que el prodigio solapa cierra los ojos a la inerte prudencia, e irreflexivo, atraído por seducción inexplicable, se lanza en su seguimiento ... Tal es la realidad de la vida: lo que las limitadas fórmulas de cada tiempo rechazan a título de una razón fría, no animada de los cálidos impulsos de la imaginación y del sentimiento, eso mismo es lo que el progreso de los tiempos exige. Pero las pasiones más nobles nada son en definitiva, ni significan nada sin el raciocinio, hijo unigénito de la experiencia, y de aquí la inextricable contextura de pruebas y dolores que a la pasión se siguen, sacrificios encaminados todos a la depuración final de las pasionales escorias, una vez cumplida su misión impulsora de los progresos de la razón hacia la Verdad Suprema, que es su meta inasequible.

El extraño habitante de las aguas -pez o ballena- guarda en el mito que nos ocupa un perfecto paralelismo con aquella ballena que tragara al profeta Jonás para iniciarle en los más altos misterios, cosa que nos enseña, dicho sea de paso, de qué modo debemos considerar el gran monumento judaico de la Biblia, objeto durante siglos infantiles, de ciega credulidad *ad pedem literae*, con carnales interpretaciones que la denigran, y blanco, luego, de aceradas sátiras, harto justificadas por estas interpretaciones groseras, que, sin embargo, tan lejos se hallan en verdad de su honda filosofía, envuelta en los ropajes del mito. La Biblia simboliza en efecto, para el pueblo de Israel un conjunto de mitos inexplicados, análogos en el fondo a los que ahora estudiamos y, en general, a los de todos los pueblos, como emanados de una Revelación, una Síntesis científico-religiosa arcaica, que el cretinismo de aquellas edades infantiles de nuestra quinta raza se encargará de corromper más y más hasta el momento en que la sacase del fango la crítica filosófica de nuestras edades más cultas. El desarrollo de nuestra fábula se encarga de ir demostrando lo que decimos. El paralelo ibero-judaico, en efecto, continua.

La sugestión de lo desconocido, que atrae a la Humanidad allende las limitaciones de *lo prohibido*, hace que Juanillo se arroje al mar, ni más ni menos que lanzase a Adán y Eva a comer de la prohibida fruta de un árbol paradisiaco, tesoro de la ciencia de lo malo y de lo bueno, de lo grato al paladar y de lo que

luego al vientre amarga, según la frase del Apocalipsis.

Lo que busca Juanillo con seguir al animaluco del misterio no le es fácil colegirlo; pero él, sin duda, busca algo en el fondo de aquel mar donde su pasional inconsciencia le precipita, y este algo no es otra cosa que los salomónicos tesoros del saber oculto, encerrados todos en el símbolo exagonal de su anillo, y con el anillo perdido cuando alguien arrojase al mar semejante joya mágica, a la muerte del rey del matemático símbolo. Y he aquí cómo nuestros propios mitos se entrelazan también entre sí gracias a la más perfecta clave judaica que les explico. Puede verse, efectivamente, que una de las pruebas, en el mito de Blanca-Flor, fue la de que extrajese el príncipe del fondo del mar el anillo de los prodigios que malvadamente usufructuase el ogro, el mago negro.

Juanillo se halla de manos a boca con un palacio idéntico al de nuestros inestudiados libros de Caballería, con tanta ligereza tratados por el gran Cervantes en su *Don Quijote*, y análogo el del encantado de Psiquis cuando seres invisibles la servían los manjares más exquisitos.

La parte en que Juanillo regresa a sus lares gozando de un corto permiso, es alusión muy clara a la contextura especial de nuestro mecanismo órganopsíquico, que exige ser integralmente atendido en todo su complejo funcionamiento para lograr esa armonía de gran conjunto que en ciencia se llama proceso fisiológico, que hartamente se enseña en Filosofía Yoga al recomendarse por igual el cumplimiento de los grandes y los pequeños deberes: los del vigor de la mente y los de higiene (salud) del instrumento corpóreo; algo, en fin, de esa higiene integral, moderadamente entrevista ya, que nos salva de morbosidades deprimentes, cuando de teratológicos (malformaciones) crecimientos solo conducentes a la ruina del ser humano conjunto, según nos demuestran los recientes estudios positivistas de la enfermedades de la razón, de la memoria, de la fantasía ... He aquí por qué el sabio gigante permite el retorno, *la reencarnación, por decirlo así*, del simpático Juanillo. Debe él volver al pequeño mundo por meros días, pues que desde su proeza su verdadero reino no es ya sino temporalmente de aquel ínfimo valle de dolor y de destierro.

No digamos nada, por no ser necesario, de la analogías del gran río pasado por Juanillo, con aquel Aqueronte que el viejo Carón atravesaba llevando en su barcaza a las almas de una a otra orilla, ni de la analogías del mancebo y su caballo con aquellos famosísimos centauros hombre y caballo en una pieza, que la tradición nos ha legado como símbolo perfecto del ser humano, hombre y animal a un mismo tiempo. La seducción que ejerce sobre Juanillo el retorno a la vida entre los suyos es idéntica a la de todas las leyendas y poemas: la de Ulises, por

Circe; la de Telémaco, por Calipso; la de las Sirenas, la de Scila y Caribdis, la de todas las Capuas afeminadoras de más o menos legendarios Aníbales. El mito expresa muy bien las pérdidas de las oportunidades de progreso que de ello subsiguen y la redención por un mayor sacrificio.

No bien recupera Juanillo se prístina condición humana, tres fieras, las mismas que quisiesen atajar el paso de Dante en su genial visita a las regiones eternass, las mismas de los castillos encantados, pretenden detenerle en su marcha progresiva con cuantos horrores y engaños al astral caracterizan. El más noble de aquellos brutos, el león, se le traga como símbolo de una nueva encarnación, que reviste a Juanillo de carne animal nueva; pero las luces recibidas en sus iniciaciones anteriores esclarecen su mente, sugiriéndole el medio de romper sus prisiones groseras, hiriendo al animal en el mismo corazón, esto es, matando el egoísmo, con lo cual la definitiva transfiguración de Juanillo no se retrasa ya más que el tiempo necesario para la putrefacción de las viejas vestiduras, finalizado el cual es arrebatado triunfalmente por las aves celestes a moradas más excelsas, como Enoch y como Elías.

EL VELO DE ISIS
MARIO ROSO DE LUNA